Vida de María

Narración en veinte escenas de la vida de la Virgen María, a partir de los Evangelios y de la tradición de la Iglesia.

13/10/2011

La Inmaculada Concepción

La historia del hombre sobre la tierra es la historia de la misericordia de Dios. Desde la eternidad, *antes de la creación del mundo, nos eligió para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor* (Ef 1, 4).

Sin embargo, por instigación del demonio, Adán y Eva se rebelaron contra el plan divino: *seréis como Dios, conocedores del bien y del mal* (Gn 3, 5), les había susurrado el príncipe de la mentira. Y le escucharon. No quisieron deber nada al amor de Dios. Trataron de conseguir, por sus solas fuerzas, la felicidad a la que habían sido llamados.

Pero Dios no se echó atrás. Desde la eternidad, en su Sabiduría y en su Amor infinitos, previendo el mal uso de la libertad por parte de los hombres, había decidido hacerse uno de nosotros mediante la Encarnación del Verbo, segunda Persona de la Trinidad.

Por eso, dirigiéndose a Satanás, que bajo figura de serpiente había tentado a Adán y a Eva, le conminó: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo* (Gn 3, 15). Es

el primer anuncio de la Redención, en el que se entrevé ya la figura de una Mujer, descendiente de Eva, que será la Madre del Redentor y, con Él y bajo Él, aplastará la cabeza de la infernal serpiente. Una luz de esperanza se enciende ante el género humano desde el instante mismo en que pecamos.

Comenzaban así a cumplirse las palabras inspiradas —escritas muchos siglos antes de que la Virgen viniera al mundo— que la liturgia pone en labios de María de Nazaret. *El Señor me tuvo al principio de sus caminos, antes de que hiciera cosa alguna... Desde la eternidad fui formada, desde el comienzo, antes que la tierra. Cuando no existían los océanos fui dada a luz, cuando no había fuentes repletas de agua. Antes que se asentaran los montes, antes que las colinas fui dada a luz. Aún no había hecho la tierra ni los campos, ni*

el polvo primero del mundo (Prv 8, 22-26).

La Redención del mundo estaba en marcha ya desde el primer momento. Luego, poco a poco, inspirados por el Espíritu Santo, los profetas fueron desvelando los rasgos de esa hija de Adán a la que Dios —en previsión de los méritos de Cristo, Redentor universal del género humano— preservaría del pecado original y de todos los pecados personales, y llenaría de gracia, para hacer de Ella la digna Madre del Verbo encarnado.

Ella es la virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Enmanuel (Is 7, 14); está significada en Judit, la heroína del pueblo hebreo que alcanzó victoria contra un enemigo imponente, hasta el punto de que a Ella, más que a nadie, se dirigen aquellas alabanzas: *Tú eres la exaltación de Jerusalén, la*

gran gloria de Israel, el gran honor de nuestra gente... Bendita seas tú de parte del Señor todopoderoso por siempre jamás (Jdt 15, 9-10).

Extasiados ante la belleza de María, los cristianos le han dirigido siempre toda clase de alabanzas, que la Iglesia recoge en la liturgia: *huerto cerrado, lirio entre espinas, fuente sellada, puerta del cielo, torre victoriosa contra el dragón infernal, paraíso de delicias plantado por Dios, estrella amiga de los náufragos, Madre purísima...*

* * *

La Natividad de Nuestra Señora

Muchos siglos habían pasado desde que Dios, en los umbrales del Paraíso, prometiera a nuestros primeros padres la llegada del Mesías. Cientos de años en los que la esperanza del pueblo de Israel, depositario de la promesa divina, se

centraba en una doncella, del linaje de David, *que concebirá y dará a luz un Hijo, a quien pondrá por nombre Enmanuel, que significa Dios con nosotros* (Is 7, 14). Generación tras generación, los piadosos israelitas esperaban el nacimiento de la Madre del Mesías, *aquella que ha de dar a luz*, como explicaba Miqueas teniendo como fondo la profecía de Isaías (cfr. Mi 5, 2).

A la vuelta del exilio en Babilonia, la expectación mesiánica se hizo más intensa en Israel. Una ola de emoción recorría aquella tierra en los años inmediatamente anteriores a la Era Cristiana. Muchas antiguas profecías parecían apuntar en esa dirección. Hombres y mujeres esperaban con ansia la llegada del Deseado de las naciones. A uno de ellos, el anciano Simeón, el Espíritu Santo había revelado que no moriría hasta que sus ojos hubieran visto la realización de la promesa (cfr. Lc 2, 26). Ana,

una viuda de edad avanzada, suplicaba con ayunos y oraciones la redención de Israel. Los dos gozaron del inmenso privilegio de ver y tomar en sus brazos a Jesús niño (cfr. Lc 2, 25-38).

Incluso en el mundo pagano —como afirman algunos relatos de la antigua Roma— no faltaban señales de que algo muy grande se estaba gestando. La misma *pax romana*, la paz universal proclamada por el emperador Octavio Augusto pocos años antes del nacimiento de Nuestro Señor, era un presagio de que el verdadero Príncipe de la paz estaba a punto de venir a la tierra. Los tiempos estaban maduros para recibir al Salvador.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos (Gal

4, 4-5). Dios se esmera en elegir a su Hija, Esposa y Madre. Y la Virgen santa, la muy alta Señora, la criatura más amada por Dios, concebida sin pecado original, vino a nuestra tierra. Nació en medio de un profundo silencio. Dicen que en otoño, cuando los campos duermen. Ninguno de sus contemporáneos cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Sólo los ángeles del cielo hicieron fiesta.

De las dos genealogías de Cristo que aparecen en los evangelios, la que recoge San Lucas es muy probablemente la de María. Sabemos que era de esclarecida estirpe, descendiente de David, como había señalado el profeta hablando del Mesías — *saldrá un vástago de la cepa de Jesé y de sus raíces florecerá un retoño* (Is 11, 1)— y como confirma San Pablo cuando escribe a los Romanos acerca de Jesucristo,

nacido del linaje de David según la carne (Rm 1, 3).

Un escrito apócrifo del siglo II, conocido con el nombre de *Protoevangelio de Santiago*, nos ha transmitido los nombres de sus padres —Joaquín y Ana—, que la Iglesia inscribió en el calendario litúrgico. Diversas tradiciones sitúan el lugar del nacimiento de María en Galilea o, con mayor probabilidad, en la ciudad santa de Jerusalén, donde se han encontrado las ruinas de una basílica bizantina del siglo V, edificada sobre la llamada *casa de Santa Ana*, muy cerca de la piscina Probática. Con razón la liturgia pone en labios de María unas frases del Antiguo Testamento: *me establecí en Sión. En la ciudad amada me dio descanso, y en Jerusalén está mi potestad* (Sir 24, 15).

Hasta que nació María, la tierra estuvo a oscuras, envuelta en las

tinieblas del pecado. Con su nacimiento surgió en el mundo la aurora de la salvación, como un presagio de la proximidad del día. Así lo reconoce la Iglesia en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora: *por tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, anunciaste la alegría a todo el mundo: de ti nació el Sol de justicia, Cristo, Dios nuestro* (Oficio de Laudes).

El mundo no lo supo entonces.
Dormía la tierra.

* * *

Presentación de la Virgen

Fueron callados, como su humildad, los años de infancia de María Santísima. Nada nos dice la Sagrada Escritura. Los cristianos, sin embargo, deseaban conocer con más detalle la vida de María. Era una aspiración legítima. Y como los evangelios guardan silencio hasta el

momento de la Anunciación, la piedad popular, inspirada en varios pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, elaboró pronto algunas narraciones sencillas que luego se recogerían en el arte, en la poesía y en la espiritualidad cristiana.

Uno de estos episodios, quizá el más representativo, es la Presentación de la Virgen. María es ofrecida a Dios por sus padres, Joaquín y Ana, en el Templo de Jerusalén; lo mismo que otra Ana, madre del profeta Samuel, ofreció a su hijo para el servicio de Dios en el tabernáculo donde se manifestaba su gloria (cfr. 1 Sam 1, 21-28); igual que, años después, María y José llevarían a Jesús recién nacido al Templo para presentarlo al Señor (cfr. Lc 2, 22-38).

En rigor, no hay una historia de estos años de la Virgen, sino lo que la tradición nos ha ido transmitiendo. El primer texto escrito que refiere

este episodio —de él dependen los numerosos testimonios de la tradición posterior— es el *Protoevangelio de Santiago*, un escrito apócrifo del siglo II. Apócrifo significa que no pertenece al canon de los libros inspirados por Dios; pero esto no excluye que algunos de estos relatos tengan ciertos elementos verdaderos. En efecto, despojado de los detalles posiblemente legendarios, la Iglesia incluyó este episodio en la liturgia: primero en Jerusalén, donde en el año 543 se dedicó la basílica de Santa María Nueva en recuerdo de la Presentación; en el siglo XIV, la fiesta pasó a Occidente, donde su conmemoración litúrgica se fijó el 21 de noviembre.

María en el Templo. Toda su belleza y su gracia —estaba llena de hermosura en el alma y en el cuerpo— eran para el Señor. Éste es el contenido teológico de la fiesta de la

Presentación de la Virgen. Y en este sentido la liturgia le aplica algunas frases de los libros sagrados: *en el tabernáculo santo, en su presencia, le di culto, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada me dio descanso, y en Jerusalén está mi potestad. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad* (Sir 24, 15-16).

Lo mismo que Jesús cuando fue presentado en el Templo, María continuaría viviendo con Joaquín y Ana una vida normal. Donde Ella estaba —sujeta a sus padres, creciendo hasta hacerse mujer—, allí estaba la *llena de gracia* (Lc 1, 28), con el corazón dispuesto para un servicio completo a Dios y a todos los hombres, por amor a Dios.

La Virgen fue madurando ante Dios y ante los hombres. Nadie notó nada extraordinario en su comportamiento, aunque, sin duda,

cautivaría a quienes tenía alrededor, porque la santidad atrae siempre; más aún en el caso de la Toda Santa. Era una doncella sonriente, trabajadora, metida siempre en Dios, y a su lado todos se sentían a gusto. En sus ratos de oración, como buena conocedora de la Sagrada Escritura, repasaría una y otra vez las profecías que anunciaban el advenimiento del Salvador. Las haría vida suya, objeto de su reflexión, motivo de sus conversaciones. Esa riqueza interior se desbordaría luego en el *Magnificat*, el espléndido himno que pronunció al escuchar el saludo de su prima Isabel.

Todo en la Virgen María estaba orientado hacia la Santísima Humanidad de Jesucristo, el verdadero Templo de Dios. La fiesta de su Presentación expresa esa pertenencia exclusiva de Nuestra Señora a Dios, la completa dedicación de su alma y de su cuerpo

al misterio de la salvación, que es el misterio del acercamiento del Creador a la criatura.

Como cedro del Líbano crecí, como ciprés de los montes del Hermón.

Crecí como palmera en Engadí, como jardín de rosas en Jericó, como noble olivo en la planicie, como plátano crecido junto al agua en las plazas (Sir 24, 17-19). Santa María hizo que en torno suyo floreciera el amor a Dios. Lo llevó a cabo sin ser notada, porque sus obras eran cosas de todos los días, cosas pequeñas llenas de amor.

* * *

Los desposorios con José

Está cercana la plenitud de los tiempos. La predestinada para ser Madre de Dios aún no lo sabe. Ha crecido y se ha hecho mujer. Pero la Trinidad Santa le prepara un matrimonio santo que custodiará su

virginidad. El Hijo de Dios hecho hombre, Mesías de Israel y Redentor del mundo, ha de nacer y crecer en el seno de una familia.

Es muy probable —todos los indicios apuntan en esa dirección— que, por aquellas fechas, los padres de la Virgen ya habrían fallecido. María debía de vivir en casa de algún pariente, que se habría hecho cargo de Ella cuando quedó huérfana. Al aproximarse la edad en que las doncellas de Israel solían contraer matrimonio, en torno a los quince años, el jefe de aquella familia, como representante del padre de Myriam, tuvo que ocuparse de esa cuestión. Y se concertó el matrimonio de María con José, el artesano de Nazaret.

Pocas noticias nos dan los Evangelios sobre el esposo de María. Sabemos que también él pertenecía a la casa de David, y que era un *varón justo* (Mt 1, 19), es decir, un hombre que —

como afirma la Escritura— *se complace en la Ley del Señor, y noche y día medita en su Ley* (Sal 1, 2). La liturgia le aplica unas palabras inspiradas: *el justo florecerá como palmera, crecerá como cedro del Líbano* (Sal 91 [92] 13).

El evangelio de San Lucas narra que cuando el Arcángel Gabriel le anuncia, de parte de Dios, la concepción de un hijo, María responde: *¿Cómo se hará esto? Porque no conozco varón* (Lc 1, 34). Esta respuesta, cuando ya era la prometida de José de Nazaret, muestra que María tenía la firme determinación de permanecer virgen. No hay motivos humanos que justifiquen esa decisión, más bien rara en aquella época. Toda joven israelita, y más si pertenecía a la descendencia de David, abrigaba en su corazón la ilusión de contarse entre los ascendientes del Mesías. La Tradición de la Iglesia explica esa

firme determinación como fruto de una inspiración especialísima del Espíritu Santo, que estaba preparando a la que iba a ser Madre de Dios. Ese mismo Espíritu le hizo encontrar al varón que sería su virginal esposo.

No sabemos cómo se encontraron María y José. Si la Virgen, como es probable, habitaba ya en Nazaret — una pequeña aldea de Galilea— se conocerían desde tiempo atrás. En cualquier caso es lógico pensar que —antes de celebrarse los desposorios— María comunicó a José su propósito de virginidad. Y José, preparado por el Espíritu Santo, descubriría en esa revelación una voz del cielo: muy probablemente también él se había sentido impulsado interiormente a dedicarse en alma y cuerpo al Señor. No es posible imaginar la concordia que se estableció entre esos dos corazones

después de los desposorios, ni la paz interior que rebosaba en sus almas.

Todo es muy sobrenatural en esta escena de la vida de María y, al mismo tiempo, es todo muy humano. Esa misma sencillez —tan propia de las cosas divinas— explica las narraciones piadosas que pronto se formaron sobre los desposorios de María y José; un relato lleno de sucesos maravillosos, que el arte y la literatura han inmortalizado. Según esas fuentes, cuando María llegó a la edad de contraer matrimonio, Dios mostró milagrosamente a los sacerdotes del Templo de Jerusalén y a todo el pueblo quién era el elegido como esposo de María.

El hecho histórico debió de ser mucho más sencillo. El lugar de los desposorios pudo muy bien ser Nazaret. Cuando la familia de María llegó a un acuerdo con José, se celebrarían los esponsales, que en la

Ley mosaica tenían la misma fuerza que el matrimonio. Pasado algún tiempo, el esposo debía conducir a la novia a su propia casa. En ese lapso de tiempo tuvo lugar la Anunciación.

El episodio de los desposorios con José reviste gran importancia en la vida de la Virgen. José era de la estirpe real de David y, en virtud de su matrimonio con María, conferirá al hijo de la Virgen —Hijo de Dios— el título legal de hijo de David, cumpliendo así las profecías. A José, noble de sangre y más noble aún de espíritu, la Iglesia aplica el elogio que la Sabiduría divina había hecho de Moisés: *fue amado de Dios y de los hombres y su memoria es bendecida* (Sir 45, 1).

María sólo sabe que el Señor ha querido desposarla con José, un varón justo que la quiere y la protege. José sólo sabe que el Señor desea que sea custodio de María.

Israel ignora a esta pareja de recién casados. José siempre callado. María discreta siempre. Pero Dios se complace y los ángeles se admiran.

* * *

La anunciación a Nuestra Señora

El diálogo más importante de la historia tuvo lugar en el interior de una pobre casa de Nazaret. Sus protagonistas son el mismo Dios, que se sirve del ministerio de un Arcángel, y una Virgen llamada María, de la casa de David, desposada con un artesano de nombre José.

Muy probablemente María se hallaba recogida en oración, quizá meditando algún pasaje de la Sagrada Escritura referente a la salvación prometida por el Señor; así la muestra el arte cristiano, que se ha inspirado en esta escena para componer las mejores

representaciones de la Virgen. O quizá estaba ocupada en los trabajos de la casa y, en este caso, también se hallaba metida en oración: todo en Ella era ocasión y motivo para mantener un diálogo constante con Dios.

— *Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo* (Lc 1, 28).

Al escuchar estas palabras, *María se turbó y consideraba qué podía significar tal saludo* (Lc 1, 29). Se llena de confusión, no tanto por la aparición del ángel, sino por sus palabras. Y, azorada, se pregunta el porqué de tantas alabanzas. Se turba porque, en su humildad, se siente poca cosa. Buena conocedora de la Escritura, se da cuenta inmediatamente de que el mensajero celestial le está transmitiendo un mensaje inaudito. ¿Quién es Ella para merecer esos elogios? ¿Qué ha hecho en su breve existencia?

Ciertamente desea servir a Dios con todo su corazón y toda su alma; pero se ve muy lejos de aquellas hazañas que valieron alabanzas a Débora, a Judit, a Ester, mujeres muy celebradas en la Biblia. Sin embargo, comprende que la embajada divina es para Ella. *Ave, gratia plena!*

En este primer momento, Gabriel se dirige a María dándole un nombre — *la llena de gracia* — que explica la profunda turbación de Nuestra Señora. San Lucas utiliza un verbo que, en lengua griega, indica que la Virgen de Nazaret se hallaba completamente transformada, santificada por la gracia de Dios. Como posteriormente definiría la Iglesia, esto había ocurrido en el primer momento de su concepción, en consideración de la misión que había de cumplir: ser Madre de Dios en su naturaleza humana, permaneciendo al mismo tiempo Virgen.

El Arcángel advierte el sobresalto de la Señora y, para tranquilizarla, se dirige a Ella llamándola —ahora sí— por su propio nombre y explicándole las razones de ese saludo excepcional.

— No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin (Lc 1, 30-33).

María, que conoce bien las profecías mesiánicas y las ha meditado muchas veces, comprende que será la Madre del Mesías. No hay en su respuesta la más mínima sombra de duda o de incredulidad: ¡sí, desde su más tierna infancia, sólo ansiaba el cumplimiento de la Voluntad divina! Pero desea saber cómo se realizará

ese prodigio, pues, inspirada por el Espíritu Santo, había decidido entregarse a Dios en virginidad de corazón, de cuerpo y de mente.

San Gabriel le comunica entonces el modo divinísimo en el que maternidad y virginidad se conciliarán en su seno.

— *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible (Lc 1, 35-37):*

El ángel calla. Un gran silencio se adueña del cielo y de la tierra, mientras María medita en su corazón la respuesta que va a dar al mensajero divino. Todo depende de los labios de esta Virgen: la

Encarnación del Hijo de Dios, la salvación de la humanidad entera.

No se demora María. Y, al responder a la invitación del Cielo, lo hace con toda la energía de su voluntad. No se limita a un genérico *dar permiso*, sino que pronuncia un sí — *fiat!* — en el que vuelca toda su alma y todo su corazón, plenamente adherida a la Voluntad de Dios: *he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38).

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14). Al contemplar una vez más este misterio de la humildad de Dios y la humildad de la criatura, prorrumpimos en una exclamación de gratitud que quisiera no terminar nunca: «¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. — ¡Bendita seas!» (Camino, n. 512).

* * *

La visitación a Santa Isabel

Isabel, a la que llamaban estéril, va a ser madre. María lo ha sabido por Gabriel, el enviado de Dios. Y, poco después, *se levantó y marchó deprisa a la montaña, a una ciudad de Judá* (Lc 1, 39). No le mueve la curiosidad, ni se pone en camino para comprobar por sí misma lo que el ángel le ha comunicado. María, humilde, llena de caridad —de una caridad que le urge a preocuparse más de su anciana prima que de sí misma— va a casa de Isabel porque ha entrevisto, en el mensaje del cielo, una secreta relación entre el hijo de Isabel y el Hijo que Ella lleva en sus entrañas.

El camino desde Nazaret a Ain Karin —la pequeña ciudad situada en los montes de Judea, que la tradición identifica con el lugar de residencia de Zacarías e Isabel— es largo. Cubre una distancia de casi ciento cuarenta

kilómetros. Probablemente José organizó el viaje. Se ocuparía de encontrar una caravana en la que la Virgen pudiera viajar segura, y quizá él mismo la acompañara al menos hasta Jerusalén; algunos comentaristas piensan que incluso hasta Ain Karin, distante poco más de siete kilómetros de la capital, aunque se volviera enseguida a Nazaret, donde tenía su trabajo.

María entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel (Lc 1, 40). Algunas tradiciones locales afirman que el encuentro entre las dos primas tuvo lugar, no en la ciudad misma, sino en una casa de campo donde Isabel — como dice el texto sagrado— se ocultó durante cinco meses (cfr. Lc 1, 24), para alejarse de las miradas indiscretas de parientes y vecinos, y para alzar su alma en agradecimiento a Dios, que la había concedido tamaño beneficio.

Se saluda a la persona que llega cansada de un viaje, pero en este caso es María quien saluda a Isabel. La abraza, la felicita, le promete estar a su lado. Con Ella entra en aquella casa la gracia del Señor, porque Dios la ha hecho su mediadora. Su llegada causó una revolución espiritual. *Cuando oyó Isabel el saludo de María —cuenta San Lucas—, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo (Lc 1, 41).*

Tres fueron los beneficios que María llevó consigo (cfr. Lc 1, 42-45). En primer lugar, llenó de gloria aquella casa: *¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme?* Si la visita de un personaje de la tierra honra sobremanera a quien lo hospeda, ¿qué habría que decir del honor recibido al acoger al Hijo unigénito del Padre, hecho hombre en el seno de Nuestra Señora? Inmediatamente, el Bautista aún no nacido se

estremeció y exultó de gozo: quedó santificado por la presencia de Jesucristo. E Isabel, iluminada por el Espíritu de Dios, prorrumpió en una aclamación profética: *en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada Tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.*

La Virgen iba a servir y encuentra que la alaban, que la bendicen, que la proclaman Madre del Mesías, Madre de Dios. María sabe que es efectivamente así, pero lo atribuye todo al Señor: *porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo* (Lc 1, 48-49).

En el Magnificat, cántico tejido por la Virgen —bajo inspiración del

Espíritu Santo— con expresiones tomadas del Antiguo Testamento, se retrata el alma de María. Es un canto a la misericordia de Dios, grande y omnipotente, y simultáneamente una manifestación de la humildad de Nuestra Señora. Sin que yo hiciese nada —viene a decir—, el Señor ha querido que se cumpliera en mí lo que había anunciado a nuestros padres, en favor de Abraham y de su linaje, para siempre. *Mi alma engrandece al Señor*, no porque mi alma sea grande, sino porque el Señor la ha hecho grande.

María humilde: esclava de Dios y sierva de los hombres. Permanece tres meses en la casa de Isabel, hasta que nace Juan. Y, con su presencia, llenará de gracias también a Zacarías, para que cante al Señor un himno de alabanza y de arrepentimiento, con toda la fuerza del habla recobrada: *bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha*

visitado y redimido a su pueblo (Lc 1, 68).

* * *

El nacimiento de Jesús

Octavio César Augusto ha dispuesto el censo de los habitantes del orbe romano. La orden alcanza a todos: desde el más rico al más pobre. En Palestina, ha de hacerse según las usanzas judías: cada uno en su ciudad de origen. *Como José era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta* (Lc 2, 4-5).

Así, con esta sencillez, el evangelista comienza la narración del acontecimiento que iba a cambiar la historia de la humanidad. El viaje era largo: unos ciento veinte kilómetros. Cuatro días de camino —si todo transcurría normalmente— en

alguna de las caravanas que de Galilea viajaban hacia el sur. María no estaba obligada a realizarlo; era deber del cabeza de familia. Pero ¿cómo dejarla sola, si estaba a punto de dar a luz? Y, sobre todo, ¿cómo no acompañar a José hasta la ciudad donde —según las Escrituras— había de nacer el Mesías? José y María debieron descubrir en aquel extraño capricho del lejano emperador la mano del Altísimo, que les guiaba en todos sus pasos.

Era Belén una pequeña aldea. Pero, con ocasión del empadronamiento, había adquirido una animación desusada. José se dirigió con María al oficial imperial para pagar el tributo e inscribirse con su mujer en el libro de los súbitos del emperador. Luego, comenzó a buscar un lugar donde pasar la noche. La tradición nos lo presenta llamando infructuosamente de puerta en puerta. Al fin acude al *khan* o mesón público, donde

siempre se puede hallar un hueco. No era más que un patio cerrado por muros. En el centro, una cisterna proveía de agua; en torno a ella se acomodaban las bestias de carga y, adosados a la pared, unos cobertizos para los viajeros, cubiertos de un rudimentario techo. Con frecuencia estaban divididos por tabiques formando compartimentos, donde cada grupo de huéspedes gozaba de cierta independencia.

No era el lugar oportuno para que la Virgen diera a luz. Nos imaginamos el sufrimiento de José, al aproximarse la hora del parto, por no hallar un sitio adecuado. *No había para ellos lugar en el aposento* (Lc 2, 7), escribe lacónicamente San Lucas. Alguien, quizá el mismo dueño del khan, debió advertirles que, en las afueras, había cuevas que se utilizaban para albergar al ganado en las noches frías; quizá podrían acomodarse en alguna de ellas,

mientras pasaba la aglomeración y se liberaba algún sitio en la ciudad.

La divina Providencia se sirvió de estas circunstancias para mostrar la pobreza y humildad con que el Hijo de Dios había decidido venir a la tierra. Todo un ejemplo para los que le seguirían a través de los siglos, como explica San Pablo: *conocéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza* (2 Cor 8, 9). El Rey de Israel, el Deseado de todas las naciones, el Hijo eterno de Dios, viene al mundo en un lugar propio de animales. Y su Madre se ve obligada a ofrecerle, como primera cuna, un angosto pesebre.

Pero el Omnipotente no quiere que pase totalmente inadvertido este acontecimiento singular. *Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno*

el rebaño durante la noche (Lc 2, 8). Ellos, los últimos de la tierra, gentes trashumantes con los rebaños que cuidaban por cuenta de otros, serán los primeros en recibir el anuncio de ese gran portento: el nacimiento del Mesías prometido.

De improviso, un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los rodeó de luz. Y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: "No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo..." (Lc 2, 9-10). Y, tras comunicarles la Buena Nueva, les dio un signo por el que podrían reconocerle: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre (Lc 2, 12). Inmediatamente, ante sus ojos asombrados, se materializó una muchedumbre de ángeles que alababa a Dios diciendo: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace (Lc 2, 14).

Se pusieron en camino. Quizá tomaron unos presentes para obsequiar a la madre y al recién nacido. El homenaje fue para María y para José la prueba de que Dios velaba sobre su Hijo. También ellos se llenarían de gozo ante el júbilo ingenuo de aquellas gentes y ponderarían en su corazón cómo el Señor se complace en los pobres y humildes.

Cuando acabó la fiesta, los pastores tornaron al cuidado de sus rebaños, *alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto* (Lc 2, 20). Al cabo de dos mil años, también a nosotros se nos invita a proclamar las maravillas divinas. “Un día santo nos ha amanecido; venid, gentes, y adorad al Señor; porque una luz grande ha bajado hoy a la tierra” (Misa tercera de Navidad, aclamación antes del Evangelio).

* * *

Presentación de Jesús en el Templo

La aglomeración de peregrinos había cesado en Belén. Después del nacimiento de Jesús, José encontró un lugar más decente para alojar a la Sagrada Familia. Allí, a los ocho días, realizó el rito de la circuncisión, por el que los varones comenzaban a formar parte del pueblo de Israel, y el niño recibió oficialmente el nombre de Jesús, *como le había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno* (Lc 2, 21). Cuarenta días después, María y José tomaron al Niño y lo condujeron a Jerusalén, *cumplidos los días de su purificación según la Ley de Moisés (...), para presentarlo al Señor, como está mandado en la Ley del Señor (...) y para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor* (Lc 2, 22-25).

Ni Jesús ni María estaban obligados a seguir estas prescripciones. Ninguna impureza legal había contraído María, pues había concebido y dado a luz virginalmente; tampoco la ley de rescate del primogénito concernía a Jesús, auténtico Cordero de Dios que venía a quitar los pecados del mundo. Y, sin embargo, por tres veces, en pocos versículos, se hace hincapié en que todo se llevó a cabo en estricta obediencia a la Ley de Dios.

La Iglesia descubre en este episodio una razón más profunda. En primer lugar, el cumplimiento de la profecía de Malaquías: *vendrá a su Templo el Dominador, a quien buscáis vosotros, y el Ángel del Testamento, al que vosotros deseáis* (Ml 3, 1). Además, María comprendió que Jesús debía ser conducido al Templo, no ya para rescatarlo como a los demás primogénitos, sino para ser ofrecido a Dios en verdadero sacrificio. Así lo

expresa la Carta a los Hebreos: *Al entrar en el mundo, dice: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo; los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: aquí vengo, como está escrito de mí al comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad"* (Hb 10, 5-7). La Presentación de Jesús en el Templo se podría comparar, en cierto modo, al Ofertorio del Sacrificio del Calvario, que la Misa haría presente en todos los puntos del tiempo y del espacio. En la preparación de ese sacrificio, como después en su realización en la cima del Gólgota, un lugar especial estaba reservado a la Madre de Jesús. Desde los primeros momentos de su vida terrena, Jesús asocia a María en el sacrificio redentor que había venido a cumplir.

Esta participación en el misterio de la Redención le fue revelada a la Virgen poco a poco. El ángel de la

Anunciación nada le había dicho a este propósito, pero ahora le será comunicado por las palabras de Simeón, un anciano justo y temeroso de Dios que *había recibido la revelación del Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor* (Lc 2, 26).

El encuentro entre la Virgen y el anciano debió de suceder ante la puerta de Nicanor, por la que se accedía al atrio de los israelitas. En aquel lugar se situaba uno de los sacerdotes encargados de atender a las mujeres que ofrecían el sacrificio por sí mismas y por sus hijos. María, acompañada de José, se colocó en la fila. Mientras aguardaba su turno, se produjo un acontecimiento que llenó de asombro a los circunstantes. Un anciano venerable se acercó a la fila. Su faz resplandecía de gozo. *Y al entrar los padres con el niño Jesús, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre Él, lo tomó en sus brazos y*

bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, según tu palabra: porque han visto mis ojos tu Salvación, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos: luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel" (Lc 2, 29-32).

Al oír estas palabras, un sentimiento de admiración se apoderó de María y de José: el anciano Simeón les confirmaba lo que el ángel les había comunicado de parte de Dios. Pero, enseguida, aquel anuncio ensombreció la alegría: el Mesías cumpliría su misión por medio del sufrimiento; y la Madre se hallaba misteriosamente asociada al dolor del Hijo. *Simeón los bendijo y dijo a María, su Madre: "Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma la traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de*

muchos corazones" (Lc 2, 34-35).

También Ana, una anciana de más de ochenta años, se asoció al anuncio de Simeón, pues *llegando en aquel mismo momento, alababa a Dios y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén* (Lc 2, 38).

Del evangelio de San Lucas se deduce que la Virgen presentó a Jesús sólo después de escuchar la profecía. Ofreció por su rescate *un par de tórtolas o dos pichones*, la ofrenda de los pobres, en lugar del cordero prescrito en la Ley de Moisés. Sin embargo, a la luz de las palabras de Simeón, comprendió —más allá de las apariencias— que Jesús era el verdadero Cordero que redimiría a los hombres de sus pecados. Y que Ella, como Madre, de un modo que no alcanzaba a comprender, estaría unida estrechamente a la suerte de su Hijo.

Adoración de los magos

La Sagrada Familia regresó a Belén. En los oídos de María y de José resonaban las palabras del anciano Simeón. A la memoria de la Virgen acudirían los textos de algunos profetas que, hablando del Mesías, su Hijo, afirman que no sólo sería Rey de Israel, sino que recibiría el homenaje de todos los pueblos de la tierra.

Con particular elocuencia lo había anunciado Isaías: *Las naciones caminarán a tu luz, los reyes, al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos y mira alrededor: todos ellos se congregan, vienen a ti (...). Te cubrirá una multitud de camellos, dromedarios de Madián y de Efá, todos vendrán de Sabá cargados de oro e incienso, y pregonando las alabanzas del Señor (Is 60, 3-6).*

Mientras tanto, el tiempo transcurría en la más absoluta normalidad. Nada hacía presagiar ningún acontecimiento fuera de lo común. Hasta que un día sucedió algo extraordinario.

Después de nacer Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle (Mt 2, 1-2). San Mateo anota que, al oír esa pregunta, el rey Herodes se inquietó, y con él toda Jerusalén (Mt 2, 3).

Sabemos muy poco de estos personajes. De todas formas, el texto evangélico ofrece algunas certezas: se trataba de unos viajeros procedentes de Oriente, donde habían descubierto una estrella de extraordinario fulgor, que les movió a dejar sus casas y marchar en busca

del Rey de los judíos. Todo lo demás —su número, su país de origen, la naturaleza de la luz celestial, el camino que siguieron— no pasa de ser conjetura, más o menos fundada.

La tradición occidental habla de tres personajes, a los que da incluso un nombre —Melchor, Gaspar y Baltasar—, mientras otras tradiciones cristianas elevan su número hasta siete e incluso doce. El hecho de que procedieran de Oriente apunta a las lejanas regiones de allende el Jordán: el desierto sirio-arábigo, Mesopotamia, Persia. A favor del origen persa milita un episodio históricamente comprobado. Cuando, a principios del siglo VII, el rey persa Cosroes II invadió Palestina, destruyó las basílicas que la piedad cristiana había edificado en memoria del Salvador, excepto una: la Basílica de la Natividad, en Belén. Y esto por una sencilla razón: en su entrada

figuraba la representación de unos personajes vestidos con atuendo persa, en actitud de rendir homenaje a Jesús en brazos de su Madre.

La palabra *magos*, con que los designa el Evangelio, no tiene nada que ver con lo que hoy día se entiende por ese nombre. No eran personas dadas a la magia, sino hombres cultos, muy probablemente pertenecientes a una casta de estudiosos de los fenómenos celestes, discípulos de Zoroastro, ya conocidos por numerosos autores de la Grecia clásica. Por otra parte, es un hecho comprobado que la expectativa mesiánica de Israel era conocida en las regiones orientales del Imperio Romano, e incluso en la misma Roma. No es extraño, pues, que algunos sabios pertenecientes a la casta de los magos, al descubrir un astro de extraordinario fulgor, lo hubieran interpretado —iluminados interiormente por Dios— como un

signo del nacimiento del esperado Rey de los Judíos.

Aunque la piedad popular une de modo casi inmediato el nacimiento de Jesús con la llegada de los Magos a Palestina, no se conoce con precisión la época en que tuvo lugar; sí sabemos que Herodes, sintiéndose amenazado, *se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella* (Mt 2, 7). Luego preguntó a los doctores de la Ley por el lugar de nacimiento del Mesías, y los escribas respondieron citando al profeta Miqueas: *tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo Israel* (Mt 2, 6). Sirviéndose de un engaño, Herodes puso a los Magos camino de Belén: *id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para que también yo vaya a adorarlo* (Mt 2, 8).

Su propósito era bien diverso, pues se proponía asesinar a todo los varones nacidos en la ciudad y su comarca, menores de dos años, para asegurarse así de la muerte del que —según su corto entender— venía a disputarle el trono. De estos datos se deduce que la llegada de los Magos tuvo lugar algún tiempo después del nacimiento de Jesús; quizá un año o año y medio.

Tras recibir esa información, los Magos se dirigieron con prisa a Belén, llenos de alegría al ver reaparecer la estrella, que había desaparecido misteriosamente en Jerusalén. Este mismo hecho aboga por la suposición de que el astro que los guiaba no era un fenómeno natural —un cometa, una conjunción sideral, etc., como se ha tratado muchas veces de demostrar—, sino un signo sobrenatural dado por Dios a esos hombres elegidos, y sólo a ellos.

Nada más salir de Jerusalén — prosigue San Mateo—, *la estrella que habían visto en Oriente se colocó delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el Niño. Y, entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre; y postrándose le adoraron. Luego abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra (Mt 2, 9-11).*

Los corazones de María y de José debieron de llenarse de alegría y gratitud. Gozo porque los anuncios proféticos sobre Jesús comenzaban a cumplirse; agradecimiento porque los presentes de aquellos hombres generosos —predecesores en la fe de los cristianos procedentes de la gentilidad— posiblemente contribuyeron a aliviar una situación económica precaria. José y María no pudieron corresponder a su generosidad. Ellos, sin embargo, se consideraron suficientemente recompensados por la mirada y la

sonrisa de Jesús, que iluminó de nuevo sus almas, y por las dulces palabras de agradecimiento de su Madre, María.

* * *

La huida a Egipto

Apenas marcharon los Magos de Belén, cuando *un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: levántate, toma al Niño y a su Madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo* (Mt 2, 13). En un instante, la alegría de la Virgen por la visita de aquellos personajes, que habían reconocido en su Hijo al Mesías, se trocó en dolor y angustia. Era bien conocida la crueldad del viejo rey de Palestina, siempre temeroso de que alguien le arrebatara el trono; por eso había hecho asesinar a varios de sus hijos y a otras personas que podían hacerle sombra, como consta por diversas

fuentes históricas. El peligro, pues, era grande; pero Dios tenía unos planes de salvación que no podían dejar de cumplirse por la ambición y la iniquidad de un tirano. Sin embargo, el Señor no obra milagros llamativos: cuenta con la correspondencia de sus criaturas fieles. Por eso, los Magos, *después de recibir en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino* (Mt 2, 12).

También José se comportó con extrema docilidad. En cuanto recibió el aviso divino, *se levantó, tomó de noche al Niño y a su Madre y huyó a Egipto* (Mt 2, 14). Comenzaba la primera de las persecuciones que Jesucristo había de sufrir en la tierra, a lo largo de la historia, en sí mismo o en los miembros de su Cuerpo místico.

Existían dos itinerarios principales para ir a Egipto. Uno más cómodo,

pero también más frecuentado, descendía por la orilla del Mediterráneo y atravesaba la ciudad de Gaza. El otro, menos utilizado, pasaba por Hebrón y Bersabé, antes de atravesar el desierto de Idumea e internarse en el Sinaí. En cualquier caso, se trataba de un viaje largo, de varios centenares de kilómetros, que debió de durar de diez a catorce días.

En Hebrón o en Bersabé (situada esta última ciudad a 60 kilómetros de Belén), debieron de comprar provisiones antes de afrontar la travesía del desierto. Es probable que, en esta parte del viaje, se incorporaran a alguna pequeña caravana, pues hubiera sido casi imposible hacerlo ellos solos: el calor agobiante, la falta de agua, el peligro de bandidos, lo hacían absolutamente desaconsejable. El historiador Plutarco narra que los soldados romanos que, en el año 155 antes de Cristo, realizaron esa

travesía para combatir en Egipto, temían más afrontar las penalidades del desierto que la guerra que se disponían a pelear.

La tradición supone —y es lógico que fuera así— que María, con el Niño en brazos, cabalgaba sobre un jumento, al que José conduciría por el ronzal. Pero la fantasía de los escritos apócrifos hizo florecer numerosas leyendas sobre este episodio: palmeras que extienden sus copas para ofrecer una sombra a los fugitivos, fieras que se amansan, salteadores que se tornan humanitarios, fuentes de agua que aparecen de improviso para aliviar la sed... Se hace eco la piedad popular en cuadros y composiciones poéticas, con el laudable fin de resaltar el cuidado de la Providencia divina. La verdad es que se trató de una huida en toda regla, en la que, a los sufrimientos físicos, se acompañaba el temor de ser

alcanzados en cualquier momento por algún pelotón de soldados. Sólo cuando llegaron a Rhinocolura, en la frontera de Palestina con Egipto, pudieron sentirse más tranquilos.

Mientras tanto, en la pequeña aldea de Belén se consumaba la matanza de un grupo de niños menores de dos años, arrancados de los brazos de sus madres. Se cumplió entonces —anota San Mateo— *lo dicho por medio del profeta Jeremías: “Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grande: es Raquel que llora por sus hijos, y no admite consuelo, porque ya no existen”* (Mt 2, 18). Se trata, indudablemente, de un pasaje de difícil comprensión, que a veces ha sido piedra de escándalo para muchos: ¿cómo Dios puede permitir el sufrimiento de los inocentes, especialmente si son niños? La respuesta a esta pregunta se apoya en dos puntos firmes: Dios no trata a los hombres como marionetas, sino

que respeta su libertad, también cuando se empeñan en hacer el mal; al mismo tiempo, con su Sabiduría y su Providencia, sabe sacar, del mal, el bien. Dios escribe derecho con los renglones torcidos de los hombres. De todas formas, sólo a la luz del sacrificio de Cristo en la Cruz se esclarece este enigma. La Redención se ha obrado por medio del sufrimiento del Justo, del Inocente por excelencia, que desea asociar a los hombres en su sacrificio.

La tradición no es unánime sobre el lugar de residencia de la Sagrada Familia en Egipto: Menfis, Heliópolis, Leontópolis..., pues en el amplio delta del Nilo florecían muchas comunidades judías. Se integraron en una de ellas como unos emigrantes más, y allí José encontraría un trabajo que le permitiera sustentar dignamente, aunque pobremente, a su familia. Según los cálculos más comunes,

vivieron en Egipto al menos un año, hasta que de nuevo un ángel anunció a José que ya podía regresar a Palestina.

Fueron meses de trabajo escondido y de sufrimiento silencioso, con la nostalgia de la casa abandonada y, al mismo tiempo, con la alegría de ver crecer a Jesús sano y fuerte, lejos del peligro que le había acechado. A su alrededor contemplaban mucha idolatría, tantas figuras de dioses extraños con rasgos de animales. Pero María sabía que también por aquellas gentes había venido Jesucristo al mundo, también ellos eran destinatarios de la Redención. Y la Virgen los abrazaba en su corazón maternal.

* * *

Regreso a Nazaret

No se sabe con certeza cuánto duró la estancia de la Sagrada Familia en

Egipto. La mayor parte de los estudiosos piensan que se prolongó durante uno o dos años. San Mateo, el evangelista que nos relata estos sucesos, se muestra lacónico, como en otras ocasiones. *Muerto Herodes —escribe—, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel; porque han muerto ya los atentaban contra la vida del niño"* (Mt 2, 19-20).

La respuesta del Patriarca fue inmediata, como en otras ocasiones: *se levantó José, tomó al niño y a su madre, y vino a la tierra de Israel* (Mt 2, 21). Ni una duda, ni una vacilación. Sólo el tiempo necesario para recoger los aperos de su oficio, los pocos bienes de que disponía. Se despediría de las personas en cuya compañía había vivido aquellos meses y haría las gestiones precisas para emprender la vuelta.

Las tradiciones coptas señalan que la Sagrada Familia hizo el viaje de retorno por vía marítima, y no por tierra. La hipótesis es probable. Una vez cesado todo peligro, este camino era más económico y ofrecía menos privaciones que la senda de las caravanas terrestres. Probablemente partieron en alguna de las numerosas embarcaciones que surcaban el Nilo desde Menfis (en el actual El Cairo) hasta Alejandría, donde tomarían una pequeña nave que en cuatro o cinco días, costeando el Mediterráneo, atracaba en Ascalón, Joppe o Yamnia.

Al desembarcar, José se informó sobre el nuevo rey de Judea. Era Arquelao, hijo de Herodes, y casi tan cruel como su padre, pues acababa de decapitar a varios miles de súbditos en el mismo Templo. En un primer momento, el esposo de María había pensado establecerse en Belén, lugar del nacimiento del Mesías; pero

como el ángel no había señalado nada concreto —le había dicho solamente que regresara a la tierra de Israel—, se planteó la posibilidad de marchar a un lugar que no estuviera sujeto a la jurisdicción del rey. El Señor le confirmó en sus propósitos por medio de un ángel: *al oír que Arquelao reinaba en Judea (...), temió ir allá; y avisado en sueños marchó a la región de Galilea* (Mt 2, 22). Si la profecía de Miqueas había anunciado el nacimiento de Jesús en Belén, otros oráculos —como recoge San Mateo— designaban a Nazaret como lugar donde el Mesías había de crecer y llegar a la edad adulta. *Y se fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por medio de los profetas: "Será llamado nazareno"* (Mt 2, 23).

El viaje de regreso fue tranquilo y reposado, en cortas etapas. Podemos imaginar la emoción de la Virgen y de su Esposo cuando, al atravesar la

llanura de Esdrelón, ya en Galilea, fueron descubriendo los familiares parajes en los que habían transcurrido los años de su niñez y adolescencia. En Nazaret se encontraron con parientes y amigos, que se asombrarían al verlos regresar después de tantos meses sin tener noticias de ellos. No faltarían las preguntas embarazosas, motivadas por el cariño y una sana curiosidad, a las que responderían con discreción, para no revelar la verdad sobre Jesús que sólo ellos guardaban en el corazón.

Se aposentaron en la pequeña casa, una construcción pobre adosada a una de las cuevas que tan frecuentes eran en Nazaret. Quizá la encontraron en mal estado, después de tanto tiempo sin habitar, pero no se lamentaron: inmediatamente pusieron manos a la obra. José la reparó del mejor modo posible, María la limpió con cuidado, quizá

ayudada por María de Cleofás, prima suya, madre de Santiago y José, de Simón y Judas, y de otras personas de la parentela.

La vida y el trabajo de la Sagrada Familia recobró su ritmo cotidiano, sin ningún acontecimiento especial digno de ser referido. San Lucas, que a partir de este momento reanuda su narración, refiere escuetamente que *el niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él* (Lc 2, 40). La Virgen Santísima, como todas las madres, seguía con ojos amorosos el crecimiento humano de su Hijo y Señor, llena de admiración ante la naturalidad del modo de obrar de Dios. José laboraba con empeño, agradecido de servir con su trabajo al misterio de la Redención. Era una familia en la que el amor a Dios y a los demás se identificaba con los cuidados que dispensaban a Jesús, Verbo eterno del Padre, que aprendía

a hablar con palabras humanas y a querer con corazón de hombre.

* * *

Jesús entre los doctores

La Ley de Moisés obligaba a los varones israelitas a presentarse ante el Señor tres veces por año: en Pascua, en Pentecostés y en la fiesta de los Tabernáculos. Ese deber no afectaba a las mujeres ni a los niños antes de que cumplieran 13 años, edad en la que quedaban sujetos en todo a los dictámenes de la Ley. Sin embargo, entre los israelitas piadosos, era frecuente que también las mujeres subieran a adorar a Dios en Jerusalén, a veces en compañía de sus hijos.

En tiempos de Jesús, era costumbre que sólo los que residían a menos de una jornada de viaje hiciesen esa peregrinación, que además se solía limitar a la fiesta de Pascua. Como

Nazaret distaba de Jerusalén varios días de camino, tampoco José se hallaba estrictamente ligado por el precepto. Sin embargo, tanto él como María *iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de Pascua* (Lc 2, 41). El evangelista no dice si Jesús les acompañaba en esas ocasiones, como era frecuente en las familias piadosas. Sólo ahora habla expresamente de este viaje, quizá para fijar cronológicamente el episodio que se dispone a relatar, quizá porque el Niño, entrado ya en el año décimotercero de su vida, podía considerarse obligado al precepto. Y así, *cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta* (Lc 2, 42).

Jerusalén era un hervidero de peregrinos y comerciantes. Habían llegado caravanas desde las regiones más remotas: los desiertos de Arabia, las orillas del Nilo, las montañas de Siria, las cultas ciudades de Grecia... La confusión reinaba por todas

partes: asnos, camellos y equipajes llenaban las calles y los alrededores de la ciudad. Y en el Templo, los fieles se aglomeraban para ofrecer sus sacrificios y hacer sus oraciones.

Con no menor confusión se preparaban para el regreso al lugar de procedencia, hombres y mujeres por separado; los niños, según la edad, podían agregarse a uno o a otro grupo. No había una organización férrea: bastaba saber el lugar y la hora aproximada de la partida. No es extraño que, *pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres* (Lc 2, 43).

María y José no se dieron cuenta hasta que, al caer la tarde del primer día de marcha, las caravanas de Galilea hicieron un alto en el camino para pasar la noche. ¡Qué angustia la suya, cuando notaron la falta de Jesús! Gastaron las horas que

restaban del día *buscándole entre los parientes y conocidos* (Lc 2, 44). A toda prisa, quizá esa misma noche, regresaron en su busca a Jerusalén. Se encaminaron al lugar donde habían comido el cordero pascual, fueron al Templo, preguntaron a los amigos y conocidos que encontraban por las calles. Todo en vano: nadie había visto a Jesús. Podemos imaginar los pensamientos de Nuestra Señora: ¿sería ésta la espada de dolor, predicha por Simeón, que le iba a atravesar el corazón?

Transcurrió así el segundo día, con zozobra y dolor. Volvieron una vez y otra a recorrer los lugares que habían frecuentado, hasta que al tercer día de búsqueda lo hallaron en el Templo, seguramente en uno de los salones situados junto a los atrios, que los escribas utilizaban para impartir sus lecciones. Era una escena frecuente en los días de fiesta: el maestro, desde un sitial elevado,

para ser bien visto y oído, con un rollo del libro sagrado en sus manos, explicaba algún pasaje de la Escritura a los oyentes, que escuchaban sentados en el suelo. De vez en cuando, el escriba hacía alguna pregunta al auditorio, a la que respondían los alumnos más aventajados. Así encontraron José y María a Jesús: *sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Y cuantos le oían, quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas* (Lc 2, 46-47).

También la Virgen y su Esposo, *al verlo, se maravillaron* (Lc 2, 48). Pero su asombro no se debía a la sabiduría de las respuestas, sino a que era la primera vez que sucedía algo semejante: Jesús, el hijo obedientísimo, se había quedado en Jerusalén, sin avisarles. No se había perdido; les había abandonado voluntariamente.

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y Él les respondió: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que Yo esté en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo (Lc 2, 48-50).

Al recibir esa respuesta, sin comprenderla, María y de José acataron los planes de Dios, con una humildad y una docilidad plenas. Es una lección para todos los cristianos, que nos invita a aceptar con amor las manifestaciones de la Providencia divina, aunque en ocasiones no las entendamos.

* * *

Los años de Nazaret

Después de haber narrado el hallazgo del niño Jesús entre los doctores del Templo, el Evangelio continúa: *bajó con ellos, vino a*

Nazaret y les estaba sujeto. Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc 2, 51-52).

En dos versículos del evangelio se resumen dieciocho años de la vida de Jesús y de María. Años en los que la Sagrada Familia conduce una existencia como la de los demás habitantes de Nazaret, pero repleta de amor. Años decisivos en la epopeya de la Redención, que el Verbo encarnado estaba ya llevando a cabo por medio de la obediencia y del trabajo, en el contexto de una vida ordinaria.

Pronto quedó atrás aquel suceso del Templo, pero las palabras que entonces les dijo Jesús ofrecieron constante tema de meditación a José y a María. Percibieron con nueva claridad el sentido de la vida de Jesús en la tierra, toda volcada al

cumplimiento de la misión que el Padre celestial le había confiado. Y, aunque debió de dejar una profunda huella en sus almas, la vida en Nazaret prosiguió como siempre.

Cada jornada traía su propio afán. Las tareas de María eran las propias de un ama de casa: caminatas a la única fuente del pueblo para llenar el cántaro de agua fresca; amasar la harina y llevarla al horno para fabricar el pan de la semana; mantener limpia y agradable la vivienda, sirviéndose quizá también de sencillas flores que daban colorido y aroma al ambiente; hilar la blanda lana y el suave lino, y tejer luego las prendas necesarias; ocuparse de las compras imprescindibles cuando llegaba al pueblo un buhonero pregonando su mercancía... Mil tareas domésticas que María realizaba como las demás mujeres de la aldea, pero con un inmenso amor.

Cuando el Niño era aún pequeño, acompañaría a su Madre en las faenas caseras o en sus desplazamientos por la aldea. A medida que fue creciendo, pasaría más tiempo con José. Durante los años que ahora nos ocupan, comenzaría a ayudarle en su trabajo, que era abundante. El taller de José era como los otros existentes en aquellos tiempos en Palestina. Quizá era el único de Nazaret, un pueblo pequeño. Olía a madera y a limpio. Los trabajos que se realizaban eran los propios del oficio de artesano, como le designa el Evangelio, en el que se hacía un poco de todo: construir una viga, fabricar un armario sencillo, arreglar una mesa o un tejado, pasar la garlopa a una puerta que no encajaba bien... Jesús, primero adolescente y luego joven, aprendió de José a trabajar bien, con cuidado en los detalles, con una sonrisa acogedora para el cliente, cobrando lo justo, aunque dando

facilidades de pago a quien pasaba por una temporada de apuros económicos.

Un día murió José. Jesús había crecido, ya podía hacerse cargo de la casa y cuidar de su Madre. Debieron de llorar María y Jesús al afrontar ese trance, mientras el Santo Patriarca, acompañado muy de cerca por sus dos grandes amores, expiraba en paz. Había cumplido su misión.

Con la muerte del Patriarca, la Madre y el Hijo estrecharon aún más su intimidad. ¡Cuántas veces le recordarían en sus charlas a solas, o con otros miembros de la familia, en las largas veladas del invierno, al calor del hogar! E irían desmenuzando tantos detalles de olvido de sí, de servicio a los demás, que constituían el entramado de la vida de José el artesano.

En la tranquila paz de aquella casa, María continuó sus tareas de siempre: cocinar y lavar cacharros; moler y amasar la harina; coser las prendas de Jesús y las suyas propias; recibir con un gesto amable a las personas que acudían a visitarla... Cada vez con más amor, pues tenía cerca, muy cerca, a su lado, a Quien es la Fuente del amor. Sin embargo, su vida no llamaba la atención de parientes y vecinos. Ni siquiera su dulzura y su delicadeza, que atraía a todos y hacía que todos se sintiera a gusto a su lado. Porque eran como el rocío, que da frescor y colorido a los campos, y apenas se llega a ver.

Y mientras Jesús crecía y trabajaba, la Virgen *guardaba todas estas cosas en su corazón* (Lc 2, 51), ponderándolas y meditándolas, haciendo de cada una ocasión y tema de su diálogo ininterrumpido con Dios.

Las bodas de Caná

Al finalizar el largo período de Nazaret, el Señor comenzó a predicar la llegada del reino de Dios. Todos los evangelistas recogen el primer acto de esta nueva etapa: la recepción del bautismo que el Precursor administraba a orillas del Jordán. Sin embargo, sólo San Juan señala la presencia de la Virgen en esos comienzos de la vida pública: *al tercer día —anota— se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos* (Jn 2, 1-2).

Una lectura rápida del texto lleva a constatar, sencillamente, que Jesús realiza un milagro a ruegos de su Madre. La celebración de las bodas duraba siete días; y en una aldea pequeña, como Caná, es probable que todos los habitantes participaran

de un modo u otro en los festejos. Jesús se presentó en compañía de los primeros discípulos. No resulta extraño que, con tantos asistentes, llegase a escasear el vino. María, atenta siempre a las necesidades de los demás, fue la primera en darse cuenta y lo comunicó a su Hijo: *no tienen vino* (Jn 2, 3). Después de una respuesta difícil de interpretar, Jesús atendió la petición de su Madre y realizó el gran milagro de la conversión del agua en vino.

Sin embargo, lo que Juan desea relatarnos no acaba ahí. Cuando escribe su evangelio, al final de su vida, iluminado por el Espíritu Santo, ha meditado largamente sobre los milagros y las enseñanzas de Jesús. Ha profundizado en el significado de este primer signo y pone de relieve su sentido más profundo. Así lo afirma el Magisterio pontificio reciente, acogiendo las conclusiones a las que han llegado los estudiosos

de la Sagrada Escritura en los últimos decenios.

La precisión cronológica con que el evangelista sitúa el acontecimiento tiene un profundo significado. Según el libro del Éxodo, la manifestación de Dios a Israel para hacer la alianza tuvo lugar tres días después de haber llegado al monte Sinaí. Ahora, *al tercer día* desde el regreso a Galilea en compañía de los primeros discípulos, Jesús va a manifestar su gloria por primera vez. Por otra parte, la glorificación plena de su Santa Humanidad tuvo lugar al tercer día después de la muerte, mediante la resurrección.

Más allá del hecho histórico de las bodas, Juan pone de relieve que la presencia de María al principio y al final de la vida pública de Jesús obedece a un designio divino. El apelativo con que el Señor se dirige a Ella en Caná —llamándola *mujer* en

lugar de *madre* — parece manifestar su intención de formar una familia fundada, no en los lazos de la sangre, sino sobre la fe. Viene espontáneamente a la memoria que del mismo modo se dirigió Dios a Eva en el Paraíso, cuando prometió que de su descendencia saldría el Redentor (cfr. Gn 3, 15). En Caná, pues, María advierte que su misión materna no se acaba en el plano natural: Dios cuenta con Ella para ser Madre espiritual de los discípulos de su Hijo, en los que desde este momento, gracias a su intervención cerca de Jesús, comienza a nacer la fe en el Mesías prometido. Lo afirma el mismo San Juan al final de la narración: *así, en Caná de Galilea, hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él* (Jn 2, 11).

La mayor parte de los estudiosos afirma que esas bodas son un símbolo de la unión del Verbo con la

humanidad. Lo habían anunciado los profetas: *sellaré con vosotros una alianza eterna (...). Naciones que no conocías correrán hacia ti* (Is 55, 3.5). Y los Padres de la Iglesia habían explicado que el agua de las tinajas de piedra, *preparadas para las purificaciones de los judíos* (Jn 2, 6), representaban a la antigua Ley, que Jesús va a llevar a su perfección mediante la Ley nueva del Espíritu impresa en los corazones.

La nueva alianza prometida en el Antiguo Testamento para los tiempos mesiánicos se anunciaba con la imagen de un banquete de bodas; abundarían todo tipo de bienes, especialmente el vino. Es significativo que, en el relato de San Juan, precisamente el vino alcance gran protagonismo: se le menciona cinco veces, y se afirma que el que Jesús hizo surgir con su poder era mejor que el que empezó a faltar (cfr. Jn 2,10). También es notable el

volumen de agua convertida en vino: más de 500 litros. Esta sobreabundancia es típica de los tiempos mesiánicos.

Mujer, ¿qué a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora (Jn 2, 4). Cualquiera que sea el significado exacto de estas palabras (que además estarían matizadas por el tono de la voz, el gesto de la cara, etc.), resulta claro que la Virgen no pierde la confianza en su Hijo: ha dejado la cuestión en sus manos y dirige a los sirvientes una exhortación — *haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5)— que son las últimas palabras suyas recogidas en el evangelio.

En esta breve frase resuena el eco de lo que el pueblo de Israel respondió a Moisés cuando, de parte de Dios, pedía su asentimiento a la alianza del Sinaí: *haremos todo lo que el Señor nos ha dicho* (Ex 19, 8). Aquellos hombres y mujeres fueron

muchas veces infieles al pacto con el Señor; los sirvientes de Caná, en cambio, obedecieron con prontitud y plenamente. *Jesús les dijo: —Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: —Sacad ahora y llevad al maestresala. Así lo hicieron (Jn 2, 7-8).*

María ha depositado su confianza en el Señor y adelanta el momento de su manifestación mesiánica. Precede en la fe a los discípulos, que creerán en Jesús después de realizado el prodigio. De este modo, la Virgen colabora con su Hijo en los primeros momentos de la formación de la nueva familia de Jesús. Así parece sugerirlo el evangelista, que concluye su narración con las siguientes palabras: *después de esto bajó a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí unos días (Jn 2, 12).* Ya está todo preparado para que el Señor, con el anuncio de la Buena

Nueva, con sus palabras y sus obras,
dé comienzo al nuevo Pueblo de
Dios, que es la Iglesia.

* * *

Junto a la Cruz de Jesús

Han pasado casi tres años desde el primer milagro de Jesús, en Caná de Galilea. El Evangelio apenas nos habla de la Virgen Santísima, en ese lapso de tiempo. Quizá, en algunas ocasiones, formara parte del grupo de mujeres que acompañaban al Señor en sus desplazamientos (cfr. Lc 8, 1-3). Sin embargo, los evangelistas señalan su presencia física sólo una vez: cuando, en compañía de otros parientes que acuden a ver a Jesús, no pudiendo entrar en la casa donde se alojaba a causa del gentío, enviaron a llamarlo. La respuesta del Señor fue elocuente: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dice: éstos son mi madre*

y mis hermanos: quien hace la Voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre (Mc 3, 33-35). Era el mayor elogio de la Virgen, la criatura que mejor que nadie supo cumplir la Voluntad del Padre celestial.

El silencio de los Evangelios hace suponer —como expone el Papa Juan Pablo II en una de sus catequesis marianas— que la Virgen no acompañó ordinariamente a Cristo en sus viajes por Palestina: le seguía de lejos, aunque unida espiritualmente a Él en todo momento, con una cercanía mucho mayor que la de los discípulos y de las santas mujeres. De todas formas, Juan muestra que se hallaba en Jerusalén durante la última Pascua del Señor. Quizá fue a la Ciudad Santa en otras fiestas semejantes; pero el evangelista sólo ahora lo señala expresamente, y lo hace en el contexto del Sacrificio redentor.

Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre —escribe—, y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena (Jn 19, 25).

Inmediatamente nos trasmite las palabras que el Señor dirige a la Madre y a él mismo, que también se encontraba allí; unas palabras de profundo significado.

Sería muy reductivo entender estas palabras de Cristo, en el momento supremo de la Redención, como una simple preocupación, por así decir, familiar: la del hijo que encarga a alguien el cuidado de su madre. Nos hallamos ante uno de los hechos más importantes para entender el papel de la Virgen en la obra de la salvación. Ya en Caná, Jesús había dejado claro que la misión materna de María en Nazaret, durante los años de la vida oculta, iba a prolongarse en la nueva familia de la Iglesia. Los recientes estudios mariológicos ponen de relieve —y ha

sido recogidos por el Magisterio ordinario de la Iglesia— que estamos ante una "escena de revelación" típica del cuarto evangelio, el *evangelio de los signos* por antonomasia. Jesús mira a María, se dirige a Ella con el apelativo *Mujer*, como en Caná y, señalando al discípulo amado, dice: *Mujer, aquí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26). Luego, mirando a Juan, añade: *aquí tienes a tu Madre* (Jn 19, 27).

Ni a la Virgen ni a Juan los llama por su nombre. María es la nueva Eva que, en unión con el nuevo Adán y subordinada a Él, está llamada a prestar su mediación materna en la obra de la redención. Y el evangelista se encuentra allí en calidad de discípulo fiel, como representante de todos los que había de creer en Jesucristo hasta el fin de los siglos. Las palabras del Señor —palabras de Dios y, por tanto, palabras creadoras como las del principio del mundo—

realizan lo que significan. Desde ese momento, María es constituida Madre de todos los que vendrían a la Iglesia: Mater Ecclesiae, como la llamó Pablo VI al finalizar el Concilio Vaticano II. Sus entrañas fructificaron en una nueva maternidad: espiritual, pero verdadera; y dolorosa, porque en aquellos momentos se cumplía a la letra la profecía del anciano Simeón: *una espada te traspasará el alma* (Lc 2, 35).

También en el corazón del discípulo se abrió paso en ese mismo momento la conciencia de una filiación — verdadera, real— que le hacía hermano de Jesús e hijo de su misma Madre. Por eso añade: *y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa* (Jn 19, 27); es decir, la introdujo en el espacio de su vida interior, le dio acogida —como verdadera Madre— entre sus bienes más preciados. Desde ese instante, y hasta el

momento de la Dormición de la Santísima Virgen, Juan no se separó jamás de Ella.

Sólo después de la entrega del discípulo a la Madre, y de la Madre al discípulo, podía Jesús decir que todo está consumado, como refiere expresamente San Juan. Luego, tras manifestar su sed —sed de almas—, para que se cumpliese la Escritura, Jesús clamó con gran voz: *consummatum est!*, todo está cumplido. *E inclinando la cabeza, entregó el espíritu* (Jn 19, 30).

* * *

Sepultura de Cristo

Jesús había muerto hacia las tres de la tarde: la hora en la que se sacrificaban los corderos en el Templo para la cena pascual ya inminente. El cuarto evangelio subraya ese simbolismo desde los primeros capítulos, cuando —delante

de un grupo de discípulos— pone en boca del Bautista, señalando a Jesús, estas palabras: *Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29). María seguía al pie de la Cruz, con Juan y la santas mujeres. No podía apartarse de ese lugar, con la mirada fija en su Hijo. Le quedaban aún varios tragos amargos, antes de poder depositar su cuerpo en el sepulcro.

Al ponerse el sol, hacia las seis de la tarde, comenzaba ya el sábado, que aquel año era muy solemne, pues coincidía con la Pascua de los hebreos. No era conveniente que, en una festividad tan grande, los cuerpos de los condenados siguieran pendientes de las cruces. Por eso, un grupo de notables se dirigió a Pilato *rogándole que les rompieran las piernas y los retirasen* (Jn 19, 31). El Procurador romano envió a unos soldados con ese penoso encargo. Podemos imaginar el sobresalto de

María cuando vio aparecer en el Calvario a ese pelotón armado de mazas y lanzas. San Juan describe la escena: *rompieron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con Él. Pero cuando llegaron a Jesús, al verle ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua* (Jn 19, 32-34).

La lanza atravesó el corazón de Jesús ya muerto e hirió profundamente el alma de María, cumpliendo la profecía de Simeón: *una espada te traspasará el alma* (cfr. Lc 2, 35). San Juan, testigo ocular, vio en este episodio la realización de otras profecías; especialmente aquella referente al cordero pascual: *no le quebrantaréis ni un hueso* (Jn 19, 36; cfr. Ex 12, 46). *Y también otro pasaje de la Escritura dice: "Mirarán al que traspasaron"* (Jn 19, 37; cfr. Za 12, 10).

El tiempo apremiaba. José de Arimatea y Nicodemo, hombres temerosos de Dios y miembros del Sanedrín, discípulos ocultos del Señor, se presentaron ante Pilato pidiendo con audacia que les concediera el cuerpo del Señor. Una vez cerciorado de la muerte, Pilato accedió a su petición. Y allá se presentó José acompañado de un equipo de servidores que llevaban consigo escaleras para bajar el cuerpo de la cruz, vendas y un lienzo grande. Nicodemo *fue también llevando una mixtura de mirra y áloes, de unas cien libras* (Jn 19, 39): una cantidad enorme de perfumes, digna de la sepultura de un rey. *Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos, con los aromas, como es costumbre dar sepultura entre los judíos* (Jn 19, 40).

La piedad cristiana se ha detenido en este paso evangélico para contemplar con emoción y

recogimiento la imagen de María con su Hijo muerto en los brazos. Es la celeberrima escena de *La Piedad*, inmortalizada en el arte por innumerables pintores y escultores. Quizá fue en este momento, mirando el cuerpo martirizado de Cristo, apenas lavado lo indispensable, cuando la Virgen y las mujeres entonaron sus lamentaciones, como era habitual en los antiguos pueblos del medio oriente y como es frecuente aún ahora en muchas latitudes. El Evangelio es parco en detalles; pero en antiguos documentos de la tradición se encuentra detallada esta escena, poniendo en boca de María —como hace, por ejemplo, San Efrén, en el siglo IV— unas lamentaciones en las que la Virgen expresa su dolor, al tiempo que se adhiere totalmente a la Voluntad divina.

Por fin colocaron el cuerpo de Jesús en una propiedad de José situada a

pocos pasos del Calvario. *Había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía no había sido colocado nadie. Como era la Parasceve de los judíos, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús (Jn 19, 41-42). José de Arimatea hizo rodar una gran piedra a la puerta del sepulcro y se marchó (Mt 27, 60). Estaba a punto de comenzar el grande y solemne sábado. Al día siguiente, a pesar de la fiesta, una embajada de los príncipes de los sacerdotes y los fariseos pidió a Pilato que pusiera una custodia de soldados en ese lugar. Pilato se lo concedió. Ellos se fueron a asegurar el sepulcro sellando la piedra y poniendo la guardia (Mt 27, 66).*

La fe en Jesucristo, el Mesías e Hijo de Dios, parecía haberse apagado sobre la tierra. Pero brillaba con fuerza en el corazón de su Madre, que no había olvidado la promesa de

su Hijo: *al tercer día resucitaré* (Mt 27, 63).

* * *

Resurrección y Ascensión del Señor

Al amanecer del tercer día, una vez pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé se pusieron en camino hacia el sepulcro de Jesús. El amor las impulsaba a prestar los últimos servicios al cuerpo muerto del Señor, que no habían podido llevar a cabo en la tarde del viernes. Mientras caminaban, se preguntaban unas a otras: *¿quién nos removerá la piedra de la entrada al sepulcro?* (Mc 16, 3). Era, en efecto, una especie de rueda de molino que varios hombres habían colocado para cerrar la sepultura.

Llama la atención que los evangelios no mencionen a la Santísima Virgen.

Tras haber anotado su presencia al pie de la Cruz, la figura de Nuestra Señora no vuelve a aparecer hasta después de la Ascensión, cuando San Lucas, al principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, señala que María se encontraba en el Cenáculo de Jerusalén, con los Apóstoles, las otras mujeres que habían seguido al Señor desde Galilea y varios de sus parientes (cfr. Hch 1, 12-14).

Este silencio es muy elocuente. María, al contrario de todos los demás, creía firmemente en la palabra de su Hijo, que había predicho su resurrección de entre los muertos al tercer día. Por eso, desde la más remota antigüedad, los cristianos han pensado que pasó en vela la noche del sábado al domingo, esperando el momento en que Jesús cumpliría su promesa. Podemos pensar que, con la ayuda de Juan — que no se separaba de Ella desde que la había recibido por madre al pie de

la cruz—, dedicó las horas anteriores a reunir a los discípulos del Maestro, tratando de fortalecerlos en la fe y en la esperanza, sobre todo a los que habían sido cobardes en aquellos momentos dolorosos.

Mientras despuntaba el alba del nuevo día —que pronto comenzaría a llamarse *dies dominica*, día del Señor—, la Virgen se metía más y más en la oración. La fe y la esperanza de la Iglesia naciente estaban concentradas en Ella. Y es sentir común que la primera aparición del Señor resucitado fue para su Madre: no para que creyera, sino como premio de su fidelidad y consuelo en su dolor. Después, con el pasar de las horas, la noticia corrió de boca en boca: primero entre los discípulos, a quienes se lo comunicaron las mujeres que habían ido al sepulcro; y luego a círculos cada vez más amplios.

Sin embargo, en Jerusalén los ánimos estaban todavía revueltos; la crucifixión de Cristo no había aplacado los odios de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos.

Sobre los Apóstoles pendía un serio peligro: el de ser acusados de robo y ocultamiento del cadáver. Quizá por esta razón, los ángeles recordaron a las mujeres —para que lo comunicaran a los discípulos— lo que Jesús mismo les había dicho antes de la pasión: que se marcharan a Galilea (cfr. Lc 24, 8).

Aquel primer domingo estuvo lleno de idas y venidas al sepulcro vacío. Finalizó con la aparición de Jesús a los Apóstoles en el Cenáculo, a la que seguiría otra en el mismo lugar, una semana después (cfr. Jn 20, 19 ss).

Luego debieron de emprender el viaje a Galilea, con María entre ellos, por los senderos recorridos otras veces con Jesús en alegre compañía.

A la espera de las manifestaciones del Maestro, los Apóstoles volvieron a su trabajo de pesca (cfr. Jn 21, 1 ss) mientras la Virgen, seguramente alojada en la casa de Cafarnaún donde antes había vivido, seguía fortaleciendo a todos en la fe y en el amor.

Poco a poco los ánimos hostiles se aplacaron, los Apóstoles y los discípulos vieron fortalecida su fe en la resurrección: de cada encuentro con el Señor —los evangelios nos relatan sólo algunos— salían enardecidos, alegres, optimistas de cara al futuro. Hasta que, en un momento determinado, Jesús citó a los más íntimos en Jerusalén para darles las últimas enseñanzas y recomendaciones, porque la partida definitiva se acercaba.

Fue una tarde, después de consumir juntos la última comida. En la cima o en las laderas del Monte de los

Olivos, con Jerusalén a sus pies, tuvieron la última reunión en familia con el Maestro. Quizá sus corazones se encogieron un poco, pensando que ya no le verían más. Pero el Señor mismo, adelantándose, les aseguró que continuaría con ellos de un modo nuevo (cfr. Mt 28, 20).

Les mandó no ausentarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre (Hch 1, 4), y luego subió a los Cielos para participar del señorío de Dios en su Humanidad Santísima. San Lucas cuenta la escena con detalle: *los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría* (Lc 24, 50-52). Tenían consigo a la Madre de Jesús, que era también Madre de cada uno de ellos. Y, estrechados en torno a Ella, aguardaron la llegada del Espíritu Santo prometido.

* * *

La venida del Espíritu Santo

Una vez que Jesucristo hubo ascendido al Cielo, los testigos de aquel hecho maravilloso *regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén a la distancia de un camino permitido el sábado. Y cuando llegaron, subieron al Cenáculo donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes, y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús, y sus hermanos* (Hch 1, 12-14).

Cumplían el mandato de Jesús, que les había dicho que aguardaran en la Ciudad Santa el envío del Consolador prometido. Fueron diez días de espera, todos alrededor de María. ¡Qué humanamente lógico es lo que

nos cuenta la Sagrada Escritura! Al perder la compañía física de su Maestro, los más íntimos se reúnen en torno a la Madre, que tanto les recordaría a Jesús: en las facciones, en el timbre de la voz, en el mirar cariñoso y maternal, en las delicadezas de su corazón y, sobre todo, en la paz que derramaba alrededor. Además de los Apóstoles y de las santas mujeres, encontramos a los parientes más cercanos del Señor, esos mismos que antes habían dudado de Él, y que ahora, convertidos, se estrechan en torno a la Virgen de Nazaret.

Es fácil imaginar la vida en aquel Cenáculo, que debía de ser amplio para acoger a tantas personas. Los datos de la tradición no permiten asegurar con certeza de quién era aquella casa, aunque dos hipótesis parecen las más seguras: o bien se trataba de la casa de la madre de Marcos, el futuro evangelista, a la

que se refiere más adelante el texto sagrado (cfr. Hch 12, 12), o bien pudo ser la casa que la familia de Juan el evangelista tenía en la Ciudad Santa. En cualquier caso, la oración unánime de los discípulos con María produjo enseguida un primer resultado: la elección de Matías para ocupar el puesto de Judas Iscariote. Una vez completado el número de los doce Apóstoles, continuaron rezando en espera de la efusión del Espíritu Santo que Jesús les había prometido.

Pero no todo era rezar: debían ocuparse de muchas más tareas; aunque, en el fondo, todo lo que hacían era verdadera oración, porque su pensamiento estaba de continuo en Jesús y tenían con ellos a María. Podemos imaginar las conversaciones —verdaderas tertulias— con la Virgen. Ahora que habían visto a Cristo resucitado y contemplado su ascensión al Cielo, deseaban conocer muchos detalles

de la vida —también de la infancia— de su Maestro. Y allí estaba la Madre, evocando aquellos recuerdos siempre vivos en su corazón: el anuncio de Gabriel en los años ya lejanos de Nazaret, los desposorios con José —a quien muchos de ellos no habían conocido—, el nacimiento en Belén, la adoración de los pastores y los magos, la huida a Egipto, la vida de trabajo en el taller de Nazaret... ¡Cuántos temas brindaban las palabras de María a la oración de los discípulos! ¡Con qué nueva luz debieron ver todos los sucesos vividos junto al Maestro, en sus tres años de acompañarle por tierras de Palestina! Junto a María, la Virgen fiel, se encendía en ellos la fe, la esperanza y el amor: la mejor preparación para recibir al Paráclito.

Por fin, al cumplirse los días de Pentecostés, *sobrevino del cielo un ruido, como de viento que irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa*

en la que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu Santo (Hch 2, 2-4).

La maravilla del suceso llegó a la multitud que había por entonces en Jerusalén: *partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y del Asia, de Frigia y Panfilia...* (Hch 2, 9 ss). Pedro habló a la multitud, enardecido por la fuerza del Espíritu Santo. Después llegaría la dispersión de los Apóstoles por Galilea, Samaria y hasta los últimos confines de la tierra, llevando a todas partes la buena nueva del reino de Dios.

María agradecía a Dios la conversión de aquellas primicias de la predicación apostólica, y la incontable muchedumbre de fieles que vendrían a la Iglesia con el

trascuro de los siglos. Todos tenían cabida en su corazón de madre, que Dios le había otorgado en el momento de la encarnación del Verbo y que Jesús le había confirmado desde el madero de la Cruz, en la persona del discípulo amado.

*** * * Dormición y Asunción de la Virgen**

Los últimos años de María sobre la tierra —los que transcurrieron desde Pentecostés a la Asunción—, han permanecido envueltos en una neblina tan espesa que casi no es posible entreverlos con la mirada, y mucho menos penetrarlos. La Escritura calla, y la Tradición nos hace llegar solamente ecos lejanos e inciertos. Su existencia transcurrió callada y laboriosa: como fuente escondida que da aroma a las flores y frescura a los frutos. *Hortus conclusus, fons signatus* (Ct 4, 12), le

llama la liturgia con palabras de la Sagrada Escritura: huerto cerrado, fuente sellada. Y también: *manantial de aguas vivas, arroyos que bajan del Líbano* (Ibid., 15). Como cuando estaba junto a Jesús, pasó inadvertida, velando por la Iglesia en sus comienzos.

Es cosa clara que vivió, sin duda alguna, junto a San Juan, pues había sido confiada a sus cuidados filiales. Y San Juan, en los años que siguieron a Pentecostés, moró habitualmente en Jerusalén; allí lo hallamos constantemente al lado de San Pedro. En la época del viaje de San Pablo, en vísperas del Concilio de Jerusalén, hacia el año 50 (cfr. Hch, 15, 1-34), el discípulo amado figura entre las *columnas de la Iglesia* (Gal 2, 9). Si María estaba aún a su lado, debería rondar los 70 años, como afirman algunas tradiciones: la edad en que la Sagrada Escritura cifra la madurez de la vida humana (cfr. Sal 89, 10).

Pero el puesto de María estaba en el Cielo, donde su Hijo la esperaba. Y así, un día que permanece desconocido para nosotros, Jesús se la llevó consigo a la gloria celestial. Al declarar el dogma de la Asunción de María, en 1950, el Papa Pío XII no quiso dirimir si la Virgen murió y resucitó enseguida, o si marchó directamente al cielo sin pasar por el trance de la muerte. Hoy día, como en los primeros siglos de la Iglesia, la mayor parte de los teólogos piensan que también Ella murió, pero —al igual que Cristo— su muerte no fue un tributo al pecado —¡era la Inmaculada!—, sino para asemejarse más completamente a Jesús. Y así, desde el siglo VI, comenzó a celebrarse en Oriente la fiesta de la Dormición de la Virgen: un modo de expresar que se trató de un tránsito más parecido al sueño que a la muerte. Dejó esta tierra —como afirman algunos santos— en un transporte de amor.

Los escritos de los Padres y escritores sagrados, sobre todo a partir de los siglos IV y V, refieren detalles sobre la Dormición y la Asunción de la Virgen basados en algunos relatos que se remontan al siglo II. Según estas tradiciones, cuando María estaba a punto de abandonar este mundo, todos los Apóstoles —excepto Santiago el Mayor, que había sufrido martirio, y Tomás, que se hallaba en la India— se congregaron en Jerusalén para acompañarla en sus últimos momentos. Y una tarde serena y blanca cerraron sus ojos y depositaron su cuerpo en un sepulcro. A los pocos días, cuando Tomás, llegado con retraso, insistió en ver el cuerpo de la Virgen, encontraron la tumba vacía, mientras se escuchaban cantos celestiales.

Al margen de los elementos de verdad contenidos en estas narraciones, lo que es absolutamente

cierto es que la Virgen María, por un privilegio especial de Dios Omnipotente, no experimentó la corrupción: su cuerpo, glorificado por la Santísima Trinidad, fue unido al alma, y María fue asunta al cielo, donde reina viva y gloriosa, junto a Jesús, para glorificar a Dios e interceder por nosotros. Así lo definió el Papa Pío XII como dogma de fe.

A pesar del silencio de la Escritura, un pasaje del Apocalipsis deja entrever ese final glorioso de Nuestra Señora. *Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas* (Ap 12, 1). El Magisterio ve en esta escena, no sólo una descripción del triunfo final de la Iglesia, sino también una afirmación de la victoria de María (tipo y figura de la Iglesia) sobre la muerte. Parece como si el discípulo que había cuidado de la Virgen hasta

su marcha al cielo, hubiera querido dejar constancia —de una manera delicada y silenciosa— de este hecho histórico y salvífico que el pueblo cristiano, inspirado por el Espíritu Santo, reconoció y veneró desde los primeros siglos.

Y nosotros, impulsados por la liturgia en la Misa de la vigilia de esta fiesta, aclamamos a Nuestra Señora con estas palabras: *gloriosa dicta sunt de te, Maria, quæ hodie exaltata es super choros angelorum* : bienaventurada eres, María, porque hoy fuiste elevada sobre los coros de los ángeles y, juntamente con Cristo, has alcanzado el triunfo eterno.

* * *

Reina y Señora del universo

La coronación de la Virgen como Reina y Señora del universo es la última piedra de los privilegios concedidos a Santa María. Era

sobrenaturalmente lógico que la Madre de Dios, una vez asunta en cuerpo y alma a la gloria del Cielo, fuera ensalzada por la Santísima Trinidad por encima de los coros de los ángeles y de toda la jerarquía de los santos. *Más que Tú, sólo Dios*, exclama el pueblo cristiano.

Un salmo de especial relieve mesiánico canta la gloria del rey y, unida a él, la gloria de la reina. *Eres el más hermoso de los hijos de Adán, en tus labios se ha derramado la gracia, pues Dios te ha bendecido para siempre (...). Tu trono, ¡oh Dios!, es por siempre, sin fin; cetro de rectitud es el cetro de tu reino (Sal 44 [45] 3-7). Enseguida, el salmista se dirige a la reina. Escucha, hija, y mira, presta tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se prenderá de tu belleza; él es tu señor, inclínate a él (...). Radiante de gloria, la hija del rey enjoyada —de brocados de oro es su vestido, con bordados de colores—, es*

conducida ante el rey. Vírgenes, sus damas, forman su séquito (...), son conducidas en medio de alegría y regocijo; entran en el palacio del rey (Ibid., 11-16).

La liturgia aplica este salmo a Cristo y a María en la gloria celestial. Esta interpretación se funda en algunos textos del Evangelio que se refieren explícitamente a la Virgen. En la Anunciación, san Gabriel le revela que su Hijo *reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin* (Lc 1, 33). Va a ser madre de un hijo que, en el mismo instante de su concepción como hombre, es Rey y Señor de todas las cosas; Ella, que lo dará a luz, participa de su realeza. Lo mismo afirma santa Isabel, que, iluminada por el Espíritu Santo, confiesa en voz alta: *¿De dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?* (Lc 1, 43). También san Juan evangelista, en una gran visión del Apocalipsis,

describe a *una mujer vestida de sol, la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas* (Ap 12, 1).

Según la liturgia y la tradición de la Iglesia, esa mujer es María, vencedora con Cristo sobre el dragón infernal y entronizada como Reina del universo.

El pueblo cristiano confesó siempre esta suprema gloria de María, partícipe de la realeza de Cristo. Como Él, la tiene por nacimiento (es la madre del Rey) y por derecho de conquista (es su fiel compañera en la redención). En sus manos ha puesto el Señor los méritos sobreabundantes que ganó con su muerte en la Cruz, para que los distribuya según la Voluntad de Dios.

La realeza de María es una verdad consoladora para todos los hombres, especialmente cuando nos sentimos merecedores del castigo divino, como justa pena de los pecados. La Iglesia

invita a recurrir a Ella, nuestra Madre y nuestra Reina, en todas nuestras necesidades. Ser Madre de Dios y Madre de los hombres es el fundamento sólido de la filial confianza en su intercesión poderosa, que nos conforta y nos impulsa a levantarnos de nuestras caídas.

Al finalizar estas meditaciones la invocamos con las palabras de una antigua oración: *Salve, Regina, Mater misericordiæ; vita, dulcedo, spes nostra, salve!* Dios te salve, Reina y Madre de misericordia... *Ad te clamamus, exsules filii Evæ. Ad te suspiramus, gementes et flentes...* Ponemos en Ella toda nuestra confianza, porque una madre escucha siempre las súplicas de sus hijos. *Recordare, Virgo Mater Dei* —le decimos—, *dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona* (cfr. Jr 18, 20). Ella habla siempre bien de nosotros delante del Padre,

del Hijo y del Espíritu Santo, y alcanza del Señor las cosas buenas que necesitamos. Sobre todo, la gracia de la perseverancia final, que nos abrirá las puertas del Cielo:
Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

J.A. Loarte (www.opusdei.org)

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://opusdei.org/es-es/article/vida-de-maria-2/> (17/12/2025)